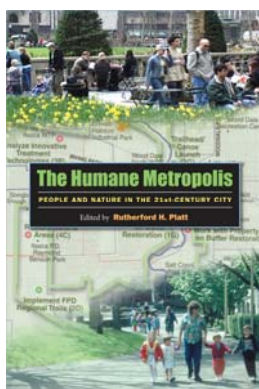


RESEÑA DEL LIBRO
“THE HUMANE METROPOLIS: PEOPLE AND NATURE
IN THE TWENTY-FIRST CENTURY CITY”

Juan Luis DE LAS RIVAS SANZ *



Título: *The Humane Metropolis: People And Nature in the Twenty-first Century City*

Editor: Rutherford H. PLATT.

A Symposium to Celebrate and Continue the Work of William H. Whyte.

Editorial: University of Massachusetts Press & Lincoln Institute of Land Policy de Boston.

Páginas: 327

Lugar y año: Amherst y Cambridge, 2006.

El 6 y 7 de junio de 2002 alrededor de trescientos urbanistas, escritores, ecólogos, activistas verdes y estudiantes se reunieron en la New York University Law School para participar en «The Humane Metropolis: People And Nature in the Twenty-First Century City - A Symposium to Celebrate and Continue the Work of William H. Whyte». Este evento combinaba el homenaje a “Holly” Whyte (1917-1999), pionero del urbanismo verde y notable *newyorker*, con la valoración de diversas experiencias prácticas apoyadas en principios de sostenibilidad. Fruto del simposio es el libro que reseñamos, acompañado con un interesante documental, y en cuya edición participa el prestigioso Lincoln Institute of Land Policy de Boston. El editor del libro y organizador del simposio es el geógrafo y profesor de urbanismo de la University of Massachusetts Amherst,

* Doctor arquitecto y profesor titular del área de Urbanística y Ordenación del Territorio en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Valladolid.

Rutherford H. Platt, conocido por su participación en «The Ecological City. Preserving and restoring Urban Biodiversity», libro que, publicado en 1994, había sido uno de los primeros en plantear el impulso de una relación más sostenible de los paisajes urbanos con la naturaleza.

El interés de «The Humane Metropolis» radica, en primer lugar, en la reflexión que aporta en torno a la figura y el legado intelectual de “Holly” Whyte, escritor y periodista que pertenece a una saga de “autodidactas” imprescindible para comprender el urbanismo americano, como Frederick Law Olmsted, Lewis Mumford y Jane Jacobs. Un simple listado de los títulos de sus principales textos nos desvela sus preocupaciones: «The Organization Man» (1956); «The Exploding Metropolis» (1958); «Cluster Development» (1964); «The Last Landscape» (1968); «A Guide to Peoplewatching» (1979); «The Social Life of Small Urban Spaces» (1980); «City: Rediscovering the Center» (1988). Son temas que hoy nos interesan y que Whyte anticipó casi como un visionario, atento no sólo a lo que estaba entonces ocurriendo en las ciudades sino a lo que podía llegar a ocurrir. Con una gran capacidad crítica y con una extraordinaria capacidad de observación -el New York Times lo llama en el 2000, al incluirlo entre los personajes del milenio, “The Observation Man”, tal y como había hecho la urbanista E. Birch años antes- Whyte introduce temas que continúan siendo claves, como la suburbanización del trabajo, los efectos del *urban sprawl* - concepto acuñado por el propio Whyte en su ensayo de 1958- en los usos del suelo y en el paisaje o la importancia del diseño de los espacios públicos. Un trabajo que evita el pesimismo y trasciende la denuncia por ser capaz de apuntar nuevos caminos. Quizás su arraigado afecto a las ciudades es el que le permite pensar que es posible hacer de ellas espacios no sólo más sanos, sino espacios capaces de mejorar nuestra calidad de vida. Whyte estaba convencido de que el modo con el que “hacemos los lugares” tiene un efecto profundo en como las vidas son vividas en dichos lugares.

Platt recuerda que en el “turbulento” 1968 se publican en Norteamérica tres textos que permanecen como “hitos medioambientales”: «Design With Nature» de McHarg; el artículo seminal en «Science», «The Tragedy of Commons», de Garret Hardin; y «The Last Landscape» de Whyte. Este último se convierte en la biblia de un amplio movimiento para salvar “espacios abiertos” en las áreas metropolitanas de Norteamérica. Platt resume con precisión: “espacio abierto” va a ser para los conservacionistas de la década de 1960 lo que “anticongestión” había sido para los reformistas de comienzos del siglo XX y lo que “sostenibilidad” o “smart growth” está siendo para los medio-ambientalistas de hoy.

En segundo lugar está la propuesta del libro, realizada por el propio Platt, que redacta tanto su Introducción -“Humanizing the Exploding Metropolis”- como su Epílogo -“Pathways to More Humane Urban Places”-, planteada con claridad: “metrópolis humana” tal y como se utiliza en este libro significa espacios urbanos que son más verdes, más sanos y seguros, más amables para la gente y más equitativos”

Como todos los trabajos colectivos, «The Humane Metropolis» puede parecer irregular, sin embargo está correctamente estructurado. Participan reconocidos urbanistas como Eugenie Birch, de Penn, Edgard Blakely, conocido por su *Fortress America* y Tim Beatley, buen observador de la experiencia europea, y participan también periodistas notables como Charles E. Little, ecólogos como S. N. Andel, científicos como Cynthia Rosenzweig, juristas, geógrafos etc. Ello conduce a un libro trans-disciplinar organizado en 5 partes, que se titulan: "El hombre que amaba las ciudades" (dedicado a Whyte), "De los parques urbanos a una infraestructura verde regional", "Restaurando la naturaleza urbana: proyectos y procesos", "¿Una metrópolis más humana para quién?" y "Proyectando una Metrópolis más humana".

Los textos son fieles a una hipótesis compartida con Whyte, la idea de que buscar una relación más coherente con la naturaleza es central en el camino hacia una ciudad más humana. Para ello es posible reinterpretar todo tipo de "espacios naturales" en los entornos urbanos y promover un sentido colectivo -compartido- de *ecological stewardship*, capaz de reutilizar dichos espacios, y de trabajar con verdadera ambición, siendo incluso capaces de fomentar granjas urbanas y mercados de sus productos.

Una ciudad más humana es una ciudad más "vivable". Esta es una idea omnipresente en los ensayos que configuran el libro, no sólo porque "ciudad vivable" sea una idea que impulsa en general su mejor integración en la Naturaleza. Se trata de algo anticipado por algunos expertos en el análisis objetivo de la sostenibilidad urbana, como el profesor australiano Peter Newman que proponía ampliar el modelo de análisis del metabolismo urbano incorporando "el principio de vivibilidad" -*livability*-, de modo que la dinámica de los asentamientos humanos se perciba de una manera más amplia y con sentido, y no sólo en términos cuantitativos de *inputs* de recursos y *outputs* de residuos (ver Peter W. G. Newman, "Sustainability and cities: extending the metabolism model", *Landscape and Urban Planning* 44, 1999). Más allá de la dificultad de traducción al castellano del término, *livability* es un principio destinado a concretar los objetivos de sostenibilidad urbana en cada proyecto. Vivibilidad o habitabilidad -traducción ésta, abocada a confundir- es un principio más tangible de lo que parece y muy atractivo para la práctica de urbanistas y arquitectos.

Se trata de actuar sistemática y simultáneamente en ámbitos diversos. Por ejemplo con estrategias *green blue*, que combinan el interés por los sistemas de parques, los corredores verdes y los espacios naturales y bosques en entornos urbanos con una atención precisa a los sistemas fluviales y al ciclo del agua, mezclando todo ello con la preocupación por mejorar la salud de la población urbana. El concepto de "salud" deriva del principio de sostenibilidad y arraiga en una clara comprensión de los procesos naturales en cada ciudad o espacio urbano. Pero aspira también a ser "salud social", muy atenta a los modos de las relaciones colectivas y destinada a incidir en la forma de los espacios públicos, pensados para ser más "sociables" -de nuevo *Whyte*-, más cívicos e inclusivos. Algo que debe estar acompañado del esfuerzo por desprivatizar los lugares de encuentro, creando espacios compartidos, evitando "comunidades cerradas", democratizando las

decisiones, preguntando a la gente... Pero para ello los temas de la pobreza urbana, de la justicia social y ambiental deben ocupar el centro de la agenda urbana. Sólo así la ciudad es más humana.

Aunque a lo largo del libro surjan alabanzas tanto al *New Urbanism* como a las estrategias de *growth management*, se evita la tendencia desde el convencimiento de que no hay una única “buena forma urbana” posible. Estamos ante principios que deben y pueden informar el proyecto de ciudad contemporánea en sentido amplio. Las ideas clave de la “metrópolis humana” (“green, healthy, sociable, civic, and inclusive”) están destinadas a trabajar en la realidad que tenemos delante, contribuyendo a delinear programas concretos de intervención en los espacios urbanos al servicio de la calidad de vida de sus habitantes. Rutherford Platt resume el objetivo: “En la próximas décadas el énfasis debe cambiar de limitar el *urban sprawl* a hacer que la fábrica urbana resultante sea tan verde, habitable y humana como sea posible”. Las experiencias reseñadas son casi siempre muy concretas: cómo se puede respetar el diseño de la naturaleza en el proyecto del Pórtland metropolitano, qué nuevas funciones adquieren los parques urbanos, cómo las rutinas de una vida sana (caminar, ir en bicicleta) interaccionan con los espacios de una ciudad y plantean exigencias de diseño, sobre cómo evaluar la excelencia de un sistema de parques, cómo administrar una cuenca hidrográfica muy urbanizada o cómo restaurar espacios abandonados por la industria en Chicago y Toronto, cómo fomentar una ciudadanía responsable desde la ecología y soporte de la participación, qué incentivos normativos aplicar para favorecer la creación de espacios públicos, cómo promover la sostenibilidad en un barrio tan difícil como el South Bronx, etc.

En cualquier caso, el mensaje más relevante que, en mi opinión, encierra «The Humane Metropolis» es que la reflexión sobre cómo deberían ser nuestras ciudades debe ceder paso, con urgencia y ante la evidencia de un territorio intenso y torpemente urbanizado, a la reflexión sobre cómo son hoy nuestras ciudades y sobre qué podemos hacer para mejorarlas. Hay que centrar el campo de trabajo en nuestras ciudades reales, evitar añoranzas -nuevos idealismos- y ponerse en cada caso y en cada lugar manos a la obra con proyectos que deben y pueden compartir una serie elemental de principios, para avanzar paso a paso y hacer de lo urbano una realidad más sostenible. Se trata de una gran intervención transformadora, no sólo de los centros urbanos, sino de barrios y suburbios, dirigida a hacer lugares más humanos, mejor integrados socialmente y en la naturaleza, más eficientes y menos gravosos para nuestro paciente medioambiente.